

## J.D. GARCÍA BACCA: UN MÍSTICO DEJADO DE LA MANO DE DIOS

J.D. GARCÍA BACCA: A GODFORSAKEN MYSTIC

Alberto Ferrer García  
Universitat Jaume I

**Resumen:** *En este trabajo, paso revista a las consideraciones respecto de la filosofía que García Bacca ha ido vertiendo a lo largo de algunos de sus primeros escritos. Presentaré su interpretación «teológica» de la filosofía pues ella inaugura una serie de consideraciones concernientes al tratamiento de la experiencia mística y la creación, entendida como tarea de la metafísica.*

**Palabras clave:** *García Bacca, mística, creación, metafísica, ontología .*

**Abstract:** *In this paper, I review García Bacca's conception of philosophy throughout some of his early writings. I will expose his «theological» conception of philosophy, since it introduces a series of considerations concerning a philosophical approach to the mystical experience and creation, understood as a task for metaphysics.*

**Keywords:** *García Bacca, mysticism, creation, metaphysics, ontology.*

Pensamos nosotros que la fe *no se tiene*, sino que *nos tiene*; como la pena del cantarillo popular. Como tampoco tenemos a Dios, sino que Dios nos tiene. Por eso decimos también popularmente que Dios nos tenga y que no nos deje de su mano. Y hasta es dicho popularísimo el de que con esa mano «Dios aprieta, pero no ahoga»: a lo que añadíamos nosotros que también afloja, pero no suelta. Si soltara, ese hombre «dejado de la mano de Dios» sería, según afirma nuestro amigo filosófico David García Bacca, precisamente eso: un filósofo. Un hombre «dejado de la mano de Dios»

es la definición que nos da García Bacca del filósofo mismo: un hombre deshumanizado, un hombre imposible.

José Bergamín<sup>1</sup>

**1. MORIR A LA VIDA NO ES MORIR EN VIDA:  
DORMICIÓN Y VIGILIA DE DOBLE POTENCIA**

El sonambulismo mental es la condición propia del hombre *cotidiano* –*alltaeglich*–: vivir sabiendo *que son* las cosas, mas indiferente respecto a *qué sean* éstas; que aquello que calma su sed sabe aquél *que es* agua sin necesidad de saber *qué es* agua. El hombre ordinario –*uno de tantos* hombres, un *cualquiera*– traga sin saborear; «el auténtico filósofo tiene que gustar y probar todas las cosas, mas gustarlas catándolas y saboreándolas, relamiéndose largamente en ellas»<sup>2</sup>.

Es del viejo Heráclito aquello de que «para los despiertos hay Mundo común y uno; los dormidos se vuelven cada uno al suyo»<sup>3</sup>. Y si en *su* mundo está quien sabe «*que*» sin saber «*qué*», mientras el *tragón* duerma el *relamido* deberá estar doblemente despierto: «Ser filósofo [...] es vivir dos veces despierto, es una vigilia en segunda potencia»<sup>4</sup> –que también nos exhortó el de Éfeso a «no obrar ni hablar como dormidos»<sup>5</sup>.

Mas repárese –y adviértase también que vivir filosóficamente puede todo el que quiera, otra cuestión será que se atreva– en que todos somos –y necesitamos serlo–, a ratos, *tragones de Credos*; que esto «no es una crítica: es un hecho respetabilísimo y hasta necesario para los pobres mortales, tan necesario, respetable y normal como el estado de sueño»<sup>6</sup>. Pues este *yo trascendental*, doblemente despierto, como es de suponer, consume muchísima más energía y conlleva mayor riesgo que la vigilia de primera potencia. «Ponerse a creer es ponerse a dormir el entendimiento, y hay que saber creer bien como hay que saber dormir bien, para que los dos, “sueño y creencia”, sean vitalmente provechosos»<sup>7</sup>.

---

<sup>1</sup> J. BERGAMÍN, «Prólogo», en José M<sup>a</sup> GONZÁLEZ RUIZ, *La teología de Antonio Machado*, Barcelona, Fontanella, 1975, p. 12.

<sup>2</sup> J. D. GARCÍA BACCA, «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), en *Ensayos y estudios*, II, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2004, p. 176. En adelante: *EE*.

<sup>3</sup> DK 22 B 89. Traducción de J. D. García Bacca en *Los presocráticos*, México, FCE, 1979, p. 246.

<sup>4</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 175.

<sup>5</sup> DK 22 B 73. *Los presocráticos*, p. 245.

<sup>6</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 176.

<sup>7</sup> *Id.*

La verdad en cuanto tal es inasimilable y asesina.

Lo que sucede es que la gente [...] jamás ha tratado de asimilar la verdad. No han pasado de repetirla con fe, con fe desesperada, a ojos cerrados; no han hecho más que tragarla.

Crear una verdad es la gran defensa vital contra la verdad. La fe en verdades no mata, sino que vivifica. Lo que mata es vivir una verdad<sup>8</sup>.

No le faltó, por ello, razón a quien pusiese en boca de Dios: «Mi faz no podrás verla, porque no puede verla hombre y vivir»<sup>9</sup>; que si Dios es la Verdad, y atributo esencial de ésta es la *infinitud*, quien pretenda *des-vivirse* en ellos –Dios y Verdad– «tendrá que vi-virlos como infinitos; y para simples creaturas como nosotros vivir lo infinito es simple-mente morir reventados y ahogados»<sup>10</sup>. De ello que la fe sea la «defensa vital del entendimiento contra la verdad»<sup>11</sup>.

Resulta así comprensible que no se haga necesario *dormirse* a este mundo para despertar a la *vida eterna*. Si el filósofo ama a Verdad –quiere *vivir* en ella, *des-vivirse* con ella–, filosofar es –y lo es desde tiempos de Platón, el primer *muerto erótico*– morir a la vida para despertar en el regazo de Verdad –mundo y vida nuevas, *ideales*: el conexo mundo –κόσμος– de los *despiertos*, frente al inconexo mundo de quienes duermen. «Filosofar es un vivir muriéndose»<sup>12</sup>; quien duerme en vida vive en la muerte, quien muere a la vida despierta en la muerte. Y del sueño ordinario se despierta uno *naturalmente* –o, a lo sumo, por un sobresalto– mas a la Vigilia se despierta, siempre y necesariamente, por «susto sentimental» –embeleso, pasmo, tedio, desgana...; háganos en ello M. Heidegger de *maestro de angustias*.

## 2. DE AHOGOS, ANGUSTIAS Y OTRAS ASFIXIAS: EL ENIGMA DE LA ESFINGE

El clásico enigma que la Esfinge planteaba a los infelices que con ella se topaban, andaba escaso de *patas*. Que lo de *bípedo* –o cuadrúpedo, o trípedo; por seguir a la Esfinge– le viene estrecho a quien su sustento depende de innumerables apeaderos. El hombre necesita apoyarse sentimentalmente sobre la multiplicidad inabarcable de lo real –en el *Todo* (*im Ganzem*) se sostiene nuestro todo. El hombre es, por ello, el *miriópodo* (μυρίποδος) –o *supramiriópodo*– por excelencia. Y así se encuentra siendo esclavo de la ontología –rebaño *entitativo*–, de lo *real en bloque* –del «Ser»–, del *ser que es*

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>9</sup> Ex. 33, 19.

<sup>10</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 178.

<sup>11</sup> *Id.*, loc. cit.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 179.

(ser-que-está-sostenido-en-mundo); adquiriendo cariz filosófico de primer grado aquel cotidiano «*estar harto de todo*».

Ante ello, se pregunta Heidegger, ¿podría el hombre (*el-de-pies-innumera-bles*) liberarse del Ser mismo; tornarse el *pseudópodo* (*el-de-falsos-pies*) sugerido por Cortázar?

Imagino al hombre como una ameba que tira pseudópodos para alcanzar y envolver su alimento. Hay pseudópodos largos y cortos, movimientos, rodeos. Un día eso *se fija* (lo que llaman la madurez, el hombre hecho y derecho). Por un lado alcanza lejos, por otro no ve una lámpara a dos pasos. Y ya no hay nada que hacer, como dicen los reos, uno es favorito de esto o de aquello. En esa forma el tipo va viviendo bastante convencido de que no se le escapa nada interesante, hasta que un instantáneo corrimiento a un costado le muestra por un segundo, sin por desgracia darle tiempo a *saber qué*, le muestra su parcelado ser, sus pseudópodos irregulares, la sospecha de qué más allá, donde ahora veo el aire limpio, o en esta indecisión, en la encrucijada de la opción, yo mismo, en el resto de la realidad que ignoro me estoy esperando inútilmente<sup>13</sup>.

Así podría el hombre (*el-de-pies-disparables-o-retraibles-según-voluntad*) liberarse de todo sustento, de su decadencia –*Geworfenheit*–, de su apoyadura; podría colocarse *ante la nada misma*, ante la certeza de que «no queda asidero alguno. [...] Sólo resta el puro existir en la conmoción de ese estar suspenso en que no hay nada donde agarrarse»<sup>14</sup>. Mas, «¿hay en la existencia del hombre un temple de ánimo tal que le coloque inmediatamente ante la nada misma?»<sup>15</sup>: la Angustia, responde Heidegger.

Por ser *miriópodo* –por no hallar sustento en nada sino estar suspendido en la nada– puede el hombre encogerse, retrotraerse, a su *mismidad*: encontrarse a so-las consigo mismo «en pura, monda y simple “sistencia”»<sup>16</sup> –dejando de lado el Mundo que le sostiene («ex»). Por tal encogimiento descubre el hombre su «realidad de verdad» (*Dasein*): la de *anonadador* –«“centinela” de la nada»<sup>17</sup>. «Existir (ex-sistir) [*Dasein*] significa: *estar sosteniéndose dentro de la nada*», y, continua Heidegger, «sosteniéndose dentro de la nada, la existencia está siempre *allende* el ente en total»<sup>18</sup>, está *trascendiéndose*. Es decir, *llegando a sí*, puesto a ser «Yo», logra

<sup>13</sup> J. CORTÁZAR, *Rayuela*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1963, p. 463.

<sup>14</sup> M. HEIDEGGER, *Was ist Metaphysik?* Citaré por la traducción de X. Zubiri en J. BERGAMÍN (ed.), *Cruz y Raya*, Madrid, Ediciones Turner, 1974, p. 51. En adelante: *WiM?*

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>16</sup> J. D. GARCÍA BACCA, «Algunos conceptos básicos de la metafísica de Heidegger» (1946), *EE*, III (2009), p. 27.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>18</sup> *WiM?*, p. 53.

–con liberación involuntaria y pasajera; por gracia de Angustia– *salir de sí* –se coloca, dejando atrás su *estado ontológico*, en *estado metafísico*.

Del aburrimiento pasa uno a la angustia. Pero, nos advierte García Bacca, «al angostarnos, angustiarnos y encogérsenos el alma, lo único que descubrimos es “que somos”, no “qué somos” [...]; la Angustia y el Recogimiento interior tan sólo nos descubren que nuestra *realidad* no depende de la de las cosas»<sup>19</sup> –«las cosas son lo otro, lo abismáticamente diverso de nuestra Realidad»<sup>20</sup>, mas entre ellas nos encontramos como *cosa entre las cosas*, como *ente entre los entes*: nuestra radical y, para más inri, consciente finitud. «¿Será posible encuadernarnos, ser en puridad y soledad, destrozando el volumen, la enciclopedia del mundo de cosas con que nos hemos encontrado encuadernados?»<sup>21</sup>.

El caso es que, con Heidegger, «de Metafísica no pasamos»<sup>22</sup> y así, quizá, *en el resto de la realidad que ignoro* –como le pasaba al hombre de Cortázar– *me estoy esperando inútilmente* y en la realidad que conozco –añado yo– me estoy ahogando vanamente. El angustioso recogimiento heideggeriano nos lleva, no a la *trascendencia*, sino a la claustrofobia –al no poder salir del ser que somos, a no poder escapar de nuestra finitud– y consiguiente ahogo: a ser *menos finitos* mas finitos *sin remedio* –pasándonos «lo que al burro del cuento: que cuando aprendió a no comer se murió»<sup>23</sup>. La trascendencia heideggeriana es el *privilegio* del miserable, «guardia [la del *centinela de la nada*] bien poco envidiable»<sup>24</sup> –que no imagino a Cristo alguno que proclame: «*Bienaventurados los angustiados, porque de ellos es el Reino de la Finitud*».

No noto [...] que se me hunden las cosas por radical y óptica inconsistencia, sino que me ahogo en mí mismo, por haber cerrado al aire de las cosas todas, todos los respiros de acceso. La angustia es asfixia intencional. Y creo [...] que tales templates valen tan poco para fundar una metafísica como la asfixia para fundar una química del aire.

Heidegger no hace, en definitiva, más que un ensayo de «autarquía intencional»; y, como toda autarquía [...] no descubre ni conduce a otra cosa, en el límite, que a una nueva y propia manera de asfixiarse, con todos los síntomas de la vulgar asfixia, traspuestos al orden vital en conjunto<sup>25</sup>.

<sup>19</sup> J. D. GARCÍA BACCA, «El sentido de la nada en la fundamentación de la “metafísica” según Heidegger; y el sentido de la nada como fundamentación de la experiencia mística, según San Juan de la Cruz», *Cuadernos Americanos* 6 (1944), p. 92.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>21</sup> «Algunos conceptos básicos...» (1946), *EE*, III, p. 39.

<sup>22</sup> «El sentido de la nada...», p. 96.

<sup>23</sup> *Id.*

<sup>24</sup> «Algunos conceptos básicos...» (1946), *EE*, III, p. 49.

<sup>25</sup> J. D. GARCÍA BACCA, *Invitación a filosofar*, vol. I, México, FCE–La casa de España en México, 1940, p. 86. En adelante: *IF*.

«Heidegger es el *fakir* de la filosofía moderna»<sup>26</sup>. El hombre *auténtico* se encuentra con la sogá al cuello, «ahogándose y angustiándose, clavado inmisericordemente en la punta penetrante de peñasco desolado y árido, en la nada de todas las cosas [...] para rechazar toda cosa que pretenda adentrarse en su intimidad»<sup>27</sup>. En tal estado al hombre se le resquebraja el mundo bajo sus pies –siente que el mundo no puede sostenerlo–, y no es preciso detallar qué le acontece a quien teniendo la sogá al cuello se queda sin el sustento que le mantenía. Quizá lleve razón García Bacca en que «estemos indelicadamente mentando la sogá en casa de ahorcado»<sup>28</sup>.

Que la Esfinge –Σφίγξ (la Ahogadora)– habría ahogado a Heidegger es cosa que podemos dar casi por segura, el caso es si, como ella, no llevará él su sino en su propio nombre, en su propio Yo –o, en tal caso, en sus propias obras. Lejos de querer ser los nuevos Edipos, es innegable que al hombre heideggeriano sólo le resta *estar a la buena de Dios*: «sentirse y existir a lo creatura, [...] sentir [...] la inconsistencia de nuestra resistencia y la superior consistencia de lo que nos aplasta»<sup>29</sup>. Los santos y los grandes místicos han sido aquellos que se sentían –por gracia de Dios; que si de la voluntad dependiese contradiría nuestra finitud– estar siendo aplastados por Dios –síéntense, *realverdaderamente, aniquilables*, que no simplemente *anonadables*. «Tal ser estando a lo creatura no debe llamarse ni categoría ni existencial ni vivencial, sino teologal»<sup>30</sup>: estado en que, por la gracia de Dios –el Aplastador–, de la nada puede brotar el ser –que el ser es ahora nada. «El humano saber sólo superponiendo a sus estados *fenomenológico, trascendental y metafísico* heideggeriano-ateológico un estado, no teológico, sino *teologal*, resulta íntegro. Este estado teologal está definiéndose como místico»<sup>31</sup>. Y ser un místico, dice García Bacca con términos concordantes de Plotino y San Juan de la Cruz, «es una dichosa aventura (*eu-tyche*) que acontece al alma»<sup>32</sup>.

<sup>26</sup> «El sentido de la nada...», p. 96.

<sup>27</sup> «Algunos conceptos básicos...» (1946), *EE*, III, p. 49.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>31</sup> J. GAOS, *Obras completas*, VI, México, UNAM, 1990, p. 146. Gaos nos refiere en esta cita el contenido del curso que sobre la filosofía de Heidegger dictó García Bacca los primeros meses de 1942 en México, «era la primera vez que se hablaba allí del filósofo alemán» (C. GURMÉNDEZ, «La filosofía española surgirá de una reflexión sobre la poesía. Entrevista con el profesor García Bacca», *El País*, jueves 22 de septiembre de 1977). Las únicas noticias que del contenido de tal curso tenemos nos las refiere el propio Gaos en diversas reseñas y noticias sobre los *Cursos de Invierno* (J. GAOS, *op. cit.*, pp. 146, 175, 266, 306-307) –reformulaciones, todas ellas, de la mencionada cita. La suficiencia de la filosofía heideggeriana ya había sido puesta en entredicho primeramente por X. Zubiri, tal y como nos lo refiere José Gaos en las mencionadas páginas y el propio García Bacca (cf. «Algunos conceptos básicos...» [1946], *EE*, III, p. 55).

<sup>32</sup> «Algunos conceptos básicos...» (1946), *EE*, III, p. 56.

### 3. DIOS NO ES QUITENO: LA METAFÍSICA DEL PUERCO ARROBADO

Cuando Jacob se quedó solo, estuvo luchando un hombre con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Éste le dijo: «Suéltame, que ha rayado el alba.» Jacob respondió: «No te soltaré hasta que no me hayas bendecido.» Dijo el otro: «¿Cuál es tu nombre?» –«Jacob.» – «No será en adelante Jacob tu nombre, sino Israel; porque, si contra Dios fuiste fuerte, ¡cuánto más prevalecerás sobre los hombres!» Rogole Jacob: «Dame, por favor, a conocer tu nombre» –«¿Para qué preguntas por mi nombre?» Y le bendijo allí mismo.

Jacob llamó a aquel lugar Fanuel, cual si dijera: «He visto a Dios cara a cara, y he salvado la vida.» El sol salía cuando atravesaba Fanuel, y él iba cojeando del muslo.

*Génesis 32, 25-32.*

EL filósofo –por *endemoniado*<sup>33</sup> («algo intermedio entre lo divino y lo mortal»<sup>34</sup>); que no *poseo*– es el luchador con Dios, el que frente a Dios se hace fuerte: Jacob. En *noche oscura* batalla Jacob, nuestro filósofo, contra el *Indeterminado* –ese *alguien* que en la oscuridad le afrenta. «Lucha [...] de toda la noche de la vida [...]. Lucha a oscuras, sin saber con quién se lucha; sólo se nota que es [...] un fuerte que resiste y pega en firme»<sup>35</sup>. La fuerza de Jacob se halla en su debilidad: «querer ser vidente, y no llegar a serlo; querer salvarse y no estar aún a salvo. [...] Tragedia real que da fuerza de desesperado al filósofo»<sup>36</sup>.

La Verdad y Dios, lo vimos líneas más arriba, matan por su *infinitud*; *ahogan* al hombre –que saciado queda aquel que bebe un trago de agua, mas se ahoga quien quiera *engullir* el mar entero. Ahogo exclusivamente humano: «esto de ahogarse en lo infinito [...] sólo pueden experimentar los que son esencialmente, irremediabilmente finitos»<sup>37</sup>. De ahí nuestra fortaleza *jacobita* –sírvanos de paso esta pizca de herejía–: que «la finitud consciente de serlo, que es el hombre, [...] es arma terriblemente potente, la más potente, la única eficaz y resistente frente a la Infinitud. [...] La resistencia de la finitud [...] hace que exista [...] la infinitud de Dios»<sup>38</sup>.

Verdad y Dios le vienen estrechos a la faringe del hombre, le *ahogan*, le *asfixian* por ser demasiado anchos; mas tal morir por dilatación infinita nos

<sup>33</sup> Cfr. *IF*, I, pp. 1-29.

<sup>34</sup> PLATÓN, *Symp.* 202e.

<sup>35</sup> J. D. GARCÍA BACCA, «De Israel a Fanuel: de luchador con Dios a vidente de Dios» (1948), en *EE*, I (2002), p. 279.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 280.

<sup>37</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, pp. 178-179.

<sup>38</sup> «De Israel a Fanuel» (1948), en *EE*, I, pp. 280-281.

lleva a un tipo de vida superior: «Cuando uno se muere por angustia vital se muere por vivir el Infinito, revienta por estar asimilando el Infinito mismo, y este asignar el Infinito, causa del reventar mismo, es una cierta manera de ser el Infinito, de hacernos infinitos, de vivir en Dios, de ser en Dios»<sup>39</sup>. «Toda la filosofía genuina –dice García Bacca– consiste en ese desesperado intento [...] de ver la infinidad, el Ser, Dios»<sup>40</sup>, de *des-vivirse* en ello, de ser ello por asimilación; que si asimilásemos el mar no reventaríamos como al tragárnoslo, sino que viviríamos en su inmensidad *saboreándolo*: veríamos, como Jacob, a Dios y seguiríamos con vida.

Filosofar es, pues, un saborear, un saborear el infinito, un reventar de infinitos, un angustiarse por notarnos angostos frente a Dios.

Filosofar es, por tanto, necesariamente mística, y la más auténtica de las místicas<sup>41</sup>.

El místico –como el puerco de Alciato que *va siempre hacia adelante* con la voluntad de superar el *non plus ultra* herculano– lleva *más allá todavía* la metafísica. Frente al estado de angustia –conocimiento metafísico– el alma demanda ponerse en estado de *congoja* –adquirir *Sabiduría mística*; «que estando la voluntad / de divinidad tocada / no puede quedar pagada / sino con divinidad»<sup>42</sup>. Que al hombre, decía Unamuno, además de su spinoziano empeño de persistencia, le caracteriza su *hambre y sed de eternidad y de infinitud*, pues lo finito –y esto es cosa de San Juan de la Cruz– *causa el apetito y estraga el paladar*.

Con esta experiencia divina –la de la congoja–, con el paladar hosco y la lengua adusta de tanto saborearnos y rechupetearnos, apeteciendo –a hurtadillas, con maliciosa sonrisilla– la infinidad de Dios, «el alma se siente flotar y sobrenadar sobre toda criatura temporal, es decir trascenderlas todas, con trascendencia superior, transfinitamente superior a la trascendencia heideggeriana de nuestra humilde realidad-de-verdad»<sup>43</sup>. Es el místico ser de paladar exquisito; mientras que darle a tragar –a la manera que Edipo dio a tragar su respuesta a la Esfinge– la infinitud al heideggeriano es *dar lo Santo* –*Das Heilige*– a los perros, *arrojar perlas delante de los cerdos* –además de homicidio en primer grado.

No es en *la noche de los dioses* –aquella en que *alborea el día de lo sacro*– donde batalla Jacob. «No hay filósofo auténtico que sea ateo, ni que pueda serlo. [...] Filosofar es [...] un reconocimiento vital de que Dios existe»<sup>44</sup>. El filósofo

<sup>39</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 179.

<sup>40</sup> «De Israel a Fanuel» (1948), en *EE*, I, p. 280.

<sup>41</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 179.

<sup>42</sup> JUAN DE LA CRUZ, *Poesías*, XX, 5.

<sup>43</sup> «El sentido de la nada...», pp. 97-98.

<sup>44</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 180.



se niega, como Jacob, a no ser *bendecido*, pues siente el *rastros del paso de Dios*, siente las cosas, las creaturas, como *meajas que cayeron de su mesa* –del Universo que es, dice García Bacca, donde Dios se *enrealizó*. Unos las tragan, otros las saborean. El filósofo es el saboreador de las meajas, de los *ismos*, que caen de la mesa de Dios y por gran catador se torna «Señor del Superlativo»; estado no ya *metafísico* sino *suprametafísico*, no *teológico* sino *teologal* –que por saborear y no sencillamente tragar es *filósofo* y no *teófilo*. Y al saborearlas puede decir el filósofo, con propiedad, que *le saben a gloria* –son Gloria.

El filósofo no suelta el problema de Dios por nada, hace de él problema real, batalla sentida. Al haber catado y saboreado la noche oscura mística el alma de éste queda «llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa»<sup>45</sup>, que «la lucha consciente conduce [...] a la aurora»<sup>46</sup>. El alma pasa a *nueva manera de ser*, y «esta nueva manera de ser es la auténtica, antonomástica y superlativamente *metafísica*. Y se obtiene por vía de amor, de amor divino»<sup>47</sup>, que «Dios nos creó [...] para ser espejos entitativos de su infinitud»<sup>48</sup>; y el filósofo es un ardiente místico que ha descubierto «que son rayos de luz, reflejados o emergidos de su cara, los que producen la imagen del espejo»<sup>49</sup> –y así *morir*, «tal vez morir no sea más que esto, / volver suavemente, cuerpo, / el perfil de tu rostro en los espejos / hacia el lado más puro de la sombra»<sup>50</sup>.

La tragedia de ahogarse en Dios –*espejo de infinitas imágenes*– es sacrificio al que sólo está dispuesto quien enferma de *angustia absoluta*, quien vive doblemente despierto; algo que acontece a quien la finitud quebranta sus huesos, a quien le viene estrecho su pellejo y siéntese estar reventando de infinitud, deviniendo *cuero cósmico*. El filósofo, por haberse empachado de *meajas* –por haberse suicidado entitativamente en aras de la divinidad–, merece el elogio paulino: «El templo de Dios es Santo, y ese templo sois vosotros»<sup>51</sup>. El ateo peca de finitud, el filósofo de todo lo contrario –y, por ello, con razón cargan con mayor ahínco los teólogos (quienes su lucha con Dios no es más que mero deporte, un *juegucillo*) contra ellos. Mas *Dios*, por decirlo con la popular frasecilla que García Bacca trae en infinitud de ocasiones a colación, *no es quiteño*; no es, que decía Santa Teresa, muy amigo de que *se ponga tasa a sus obras*.

El genuino filósofo español –y ésta (¿qué es ser un *filósofo español?*, y más todavía serlo *genuinamente*) sería una cuestión a desarrollar en un futuro

<sup>45</sup> JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, IX.

<sup>46</sup> «De Israel a Fanuel» (1948), en *EE*, I, p. 282.

<sup>47</sup> «El sentido de la nada...», p. 99.

<sup>48</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 180.

<sup>49</sup> J. D. GARCÍA BACCA, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 18.

<sup>50</sup> J. A. VALENTE, «Espejo», en *Anatomía de la palabra*, Valencia, Pre-Textos, 2000, p. 122.

<sup>51</sup> 1 Co 3, 17.

trabajo– no puede ser heideggeriano –ateo por finito– sino necesariamente místico, *transfinito* –ensillador de la infinitud–, por no calmársele jamás el hambre de infinito –que por ello la finitud vivida, aun no siendo vencedora, resulta invencible. La nueva manera de ser, decíamos líneas más arriba, la del genuino español –decimos ahora– que hace auténtica *metafísica*, se obtiene por vía de amor divino, de amor *paternofilial*. «¿Por qué, pues, Dios no nos dejaría benévolamente, generosamente, graciosamente [como deja el padre a su pequeñuelo] de su mano para que hagamos pura y simple filosofía, para que construyamos metafísica pura, ontología humana?»<sup>52</sup> Así bien pudiera ser que la condición para hacer simple y pura filosofía fuera *estar dejado de la mano de Dios*.

Para que la filosofía pueda hablar de la mística, o ya más universal y radicalmente, para poder ser filósofo, es menester estar, como vulgarmente se dice, «estar dejado de la mano de Dios», como parece que lo está el hombre moderno. [...] No llamaría yo [...] al estar el filósofo dejado de la mano de Dios, una condenación, sino que bien podría ser un don de Dios. [...] Dios es algo mucho más grande, más generoso que todo cuanto podemos imaginarnos nosotros desde nuestra pequeñez y mezquindad. [...] El filósofo sería el hombre que se propone ver hasta dónde se puede ser pura y simplemente hombre –y filósofo<sup>53</sup>.

El hombre es *proyecto* –*Entwurf*– y la comprensión es *proyectarse*, «lanzarse a». En el comprender el hombre resulta, por decirlo en términos de Goethe, *espía del porvenir*. Y no hay espionaje posible sin, al menos, una pizca de *atrevimiento* –*das Wagnis*; «el hombre es a veces más osado que el riesgo, más ente que el ser de lo ente»<sup>54</sup>. Cada ente es el *atrevimiento* mismo; el riesgo *encarnado*. El Ser *nos suelta*, nos *deja de su mano*, a los entes; somos por nuestra cuenta y riesgo. Ser ente, dice Heidegger, no es otra cosa que estar *dejado de la mano de Ser*; ser filósofo, nos dice García Bacca, no es otra cosa que estar *dejado de la mano de Dios*. Y ¿puede haber mayor riesgo, mayor atrevimiento, que aquel que corre el dejado de la mano de Dios?

El filósofo no puede, como sí lo hace el heideggeriano, *aguantarse las ganas*, «ganas de superación de cada límite, de cada cosa definida, en virtud de la infinidad, del Dios que habita en nosotros»<sup>55</sup>. Ser filósofo, robar «como arrebataban los remolinos: englobando todo, de grado o por fuerza, en un universal

---

<sup>52</sup> «El sentido de la nada...», p. 100.

<sup>53</sup> J. D. GARCÍA BACCA *et al.*, «Poesía, mística y filosofía. Debate en torno a San Juan de la Cruz», *El hijo pródigo* 3 (1943), p. 141.

<sup>54</sup> M. HEIDEGGER, *Holzwege*. Cito por la traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte: *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza, 2001, pp. 220-221.

<sup>55</sup> «¿Qué es eso de filosofar?» (1940), *EE*, II, p. 180.

ímpetu ascensional hacia Dios»<sup>56</sup>, ser un *arrobado*, ser un *místico*, «es una aventura real, con verdadero riesgo»<sup>57</sup>. «La vida mística es [...] un caminar por cumbres» y no hay en ella «un único camino ni para subir, ni para bajar»<sup>58</sup>.

«Lejos de Iglesia, sin asidero de dogmas, sin rodrigones de juricidad religiosa societaria, aguardo, *solo a solas*, la *dichosa ventura* de estar un día *solo a solas con El solo*»<sup>59</sup>, que «es posible perder una fe sin perder las ganas de sentirse religioso, y posible también encontrarse así cerniéndose entre cielo y tierra»<sup>60</sup>. Pues deseáramos que fuesen reales aquellas palabras de Santayana: «Mientras esperamos el mandato de *tomar nuestra cama y andar* podemos oír una voz diciendo: *tus pecados te son perdonados*»<sup>61</sup>; mas sólo nos resta la esperanza de quedar «*a la mano de Dios*; que Dios *nos deje de sus ojos*; pero que no nos deje de su *mano*, que es la omnipotente, la creadora del cielo y de la tierra. Tal debe ser la oración del filósofo español»<sup>62</sup>.

Alberto Ferrer García  
Universitat Jaume I  
Departamento de Filosofía y Sociología  
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales  
Av. Sos Baynat s/n  
12071 Castelló de la Plana  
ferrer Garcia.alberto@gmail.com

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 181.

<sup>57</sup> W. JAMES, *Pragmatism*, Cambridge, Harvard University Press, 1975, p. 139.

<sup>58</sup> «Poesía, mística y filosofía», p. 142.

<sup>59</sup> J. D. GARCÍA BACCA, *Plotino: Presencia y Experiencia de Dios*, México, Séneca, 1942, p. 12.

<sup>60</sup> «Poesía, mística y filosofía», p. 142.

<sup>61</sup> G. SANTAYANA, *The life of reason*, New York, Charles Scribner's Sons, 1905, p. 48. La cursiva es mía.

<sup>62</sup> J. D. GARCÍA BACCA, «La filosofía de la mano», *Letras peruanas* 3 (1951), p. 67.